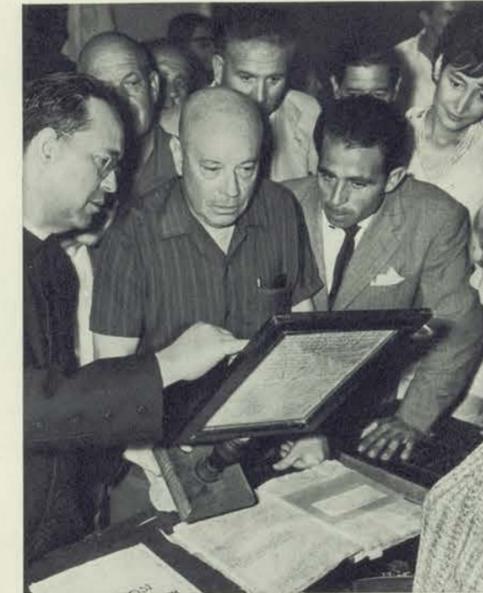




El paseillo
de las
cuadrillas
en Esquivias.

Por FELIX TURIENZO



El profesor
Entrambasaguas,
el alcalde
y el párroco
examinan
una carta
de Santa Teresa
y la partida
matrimonial
de Cervantes.

LOS componentes del XIII Curso de Verano que viene organizando el Instituto de Cultura Hispánica y la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid para estudiantes norteamericanos, han sido invitados a presenciar una corrida de toros en Esquivias, por el Ayuntamiento. Naturalmente, es buena ocasión para visitar sus lugares cervantinos y de paso admirar los Grecos de Illescas. Y allá vamos. Para estas muchachas norteamericanas, ávidas de hispanismo, de lo «typical Spanish», el viaje supone una pequeña aventura. Pero al principio están un poco recelosas.

—Los toreros serán malos. ¡En Esquivias!—me dice una pelirroja taurófila.

—No lo sé. En el pueblo de al lado, en Borox, nació Ortega.

—¿Y qué tiene que ver el Greco con los toros?—insiste.

—Algo, señorita. Fue paisano del Minotauro.

Me temo no haber disipado sus dudas, mas el autocar ya rueda por los campos de Madrid. «¡Verdes campos de Madrid!», dice Lope en *El infanzón de Illescas*. Teniendo a mano a un lopista como Entrambasaguas, a una señorita tan guapa y tan culta como la profesora Trapero, uno siente ganas de pedir aclaraciones. ¿Fantasía lopesca? ¿Eran verdes en su tiempo los campos de Madrid? No vemos sino el ocre de la estepa, el gris del hormigón: rascacielos dando verticales a la llanura. Rascacielos y fábricas ultramodernas. Sol de fuego. Y el azul rasgado por una bandada de estorninos.

El Greco

¡Illescas! La señorita Trapero nos ha dado en el autocar, por el micrófono, un cursillo intensivo sobre la pintura del cretense. Penetramos en la iglesia del Hospital de la Caridad, que aún pregona la munificencia de Cisneros. ¿Qué pensarán de nosotros estas monjitas de albas vestiduras, tan cortésmente lejanas? Cazo un gesto desdenoso en la chica pelirroja, que pronto se trueca en admiración. ¡El retablo es de plata labrada y maciza! Los cuadros valiosos abundan, pero son los Grecos los que nos interesan. Este San Ildefonso, de tonos cálidos, veneciano—el oro, el granate—; estas vírgenes extáticas, ascensionales, en mezclas inauditas de verde y amarillo, de negro y verde, contrastadas en rojo y azul. Los tres lienzos mejores se hallan en un camarín encristalado que atesora exvotos de otras edades, de hombres que ya no son. Las rubias yanquis vacilan. ¿Admirarán la ternura de estas imágenes, la ingravidez de estos cuerpos que rompen, voluminizan el óvalo del marco, o curiosearán estos huesos, estos brazos de cera, estos ojos de cristal?

Los toros

Las chicas estadounidenses, admiradas y confusas, charlan en el autocar. Hemos dejado atrás Yeles, tan bello e interesante, y ya

Entre el Greco y Cervantes, los toros

El agregado cultural
de los Estados Unidos,
Mr. Arnaud,
con las autoridades,
preside la novillada.

sólo se habla de Esquivias, de los toros. ¡Oh la corrida! *Bull-fighting and all those queer things!*

Esquivias arde en fiestas. Arde el sol. Arden los guijarros y el polvo. Olor a fritanga, bullicio de chiquillería, pregones a grito pelado, masas acosando el coso, charangas, caballerías, clarines y banderas.

El ruedo, de carros, en la plaza del Ayuntamiento, con su inevitable fuente central. Telón de fondo: el cerro que señorea Esquivias, cerro con ermita y algunos árboles. Y ahora, los toros. El paseillo. Los espadas son dos moalbetes de catorce abriles; sus antagonistas, cuatro morlacos que saben latín y otras lenguas muertas. Las norteamericanas fotografían a diestro y siniestro. Es tan excitante, tan hermoso, tan bárbaro. El primer torete empitona al espada, y a una «miss» le da un soponcio. El torerillo se retuerce de dolor; pero, intimidado por su padre, vuelve a la fiera. Observo las reacciones de la pelirroja taurófila y de una rubia platino dulcemente hierática. Los ídolos futuros despachan a los astados valerosa, descabelladamente. El público se entusiasma o se indigna. Orejas y rabo, pitos y bronca.

Esquivias, hogar cervantino

Acabada la fiesta, el alcalde nos regala con el famoso vino de Esquivias, alabado por Cervantes. Esquivias está lleno de Cervantes. Sus casas solariegas, sus callejones, sus calles sin ventanas ni puertas—baldas de corrales nada más—, sus patinillos, sus plazuelas, son cervantinos. Todo le recuerda. En una plaza, su estatua, obra de Avalos. En otra, la de Astrana Marín. Esta casona blasonada es la de los Quijano. La otra, en cuyo escudo campean las Ordenes de Malta y de Santiago, fue de la novia de Cervantes. ¡Vaya con doña Catalina! ¡Quién iba a decirle que en su casa venderían chicharros! Hundimos los pies en el polvo, acosados por gallinas, perros, chiquillos y mozos que ofrecen sus botas a las guapas de América. La atmósfera cervantina es perfecta en su ingenuidad. No hay *pastiche*, sino superposición. Esquivias salta del siglo XVI al siglo XX con inconsciencia asombrosa. Nos hacemos a un lado, amenazados por un tractor. Pero después es la polvareda de un rebaño de ovejas. Vive Cervantes. Vive Don Quijote.

Y ya estamos en la inconfundible casa de Cervantes, con su extraño torreón-chimenea, como barco anclado en la llanura. En el zaguán, una tinaja enorme. La bodega fresca y umbrosa. El balcón donde el gran don Miguel, de cara a las estrellas, al táctil silencio del llano, rumiaba aventuras e ilusiones. Gran parte de su existencia transcurrió aquí, pues, apaleado cien veces por la vida, se refugió en Esquivias en busca de la ayuda de sus suegros.

¿Cómo sería su esposa, esta doña Catalina, dueña de majuelos hoy inexistentes? Curioso que en todos los documentos sea ella la

Vista exterior de la casa de Cervantes.



doña, la dueña, la linajuda y encopetada. El otro, el otro, que únicamente escribió el *Quijote*, es Miguel a secas.

El futuro de Esquivias

Hay detalles tristes en su hogar. Si estas buenas gentes de Esquivias supieran aprovechar el tesoro en sus manos... Empero, la iglesia parroquial—fabulosa de joyas de arte: la *Virgen de la leche*, de Roldana; las pinturas castellanas y flamencas—nos quita el mal sabor de boca. Y nos admira con la labor de su párroco, don José Gallardo Sánchez. Este sacerdote ejemplar ha realizado—solo—una obra extraordinaria en pro del patrimonio artístico de Esquivias. Ha cuidado con amor los recuerdos cervantinos. Nos muestra dos documentos de incalculable valor: la partida matrimonial de Cervantes y una carta autógrafa de Santa Teresa. Después, en el parque por él mismo creado a espaldas del templo,

nos hablará de sus penas y sus ilusiones. Hace falta una ruta turística cervantina. ¿Y qué más cervantino que Esquivias? Aquí vivió, aquí sufrió don Miguel.

—Habría que revalorizar este pueblo—sueña el párroco—. Hacer que se detengan aquí los turistas que van a Toledo.

Las chicas norteamericanas le escuchan con grave atención. Y una dice: —Si en Arizona tuviéramos un Illescas, un Esquivias, hasta el polvo de las calles sería de oro.

Al regresar a Madrid vamos un poco tristes. Pero ¿quién no vence la tristeza contagiado por el optimismo de estas muchachas? Retorna el buen humor, vuelve la alegría. Y el autocar resuena con sus canciones tejanas, con canciones de esa América que Cervantes ansió conocer.

F. T.

(Reportaje gráfico de Barahona.)



Una tinaja en el zaguán de la casa de don Miguel.